

CAPÍTULO CERO: INTRO EN EL CARNAVAL

LLEGAMOS A BAHÍA por la mañana, hace demasiado calor para mí y hay demasiadas personas en las calles. Es el carnaval de Salvador Bahía. Venimos de Olinda y Recife: allá también hay carnavales. Pero todos están aquí, desde Paul Van Dyk a Fat-boy Slim hasta los actores de la telenovela mexicana Rebelde, pasando por Maria Caipirinha y todos esos que en verdad sí son los verdaderos personajes del carnaval, a quienes desde luego desconozco por completo.

Me siento fuera de lugar. Todos están felices y bailan. Yo pienso que esto no es el carnaval que venden en mi tierra por TV. Y luego me pregunto si acaso mi patria no es el mundo entero. Estamos exhaustos. Nos hospedamos en una favela de pescadores donde el calor apenas nos permite respirar. Somos una sopa de sudor, pero nos sentimos más que afortunados por haber conseguido este lugar adónde llegar. Lo conseguimos en el network por medio de un contacto. El network. Siempre hay un lugar adónde llegar gracias al network. El famoso tactical media que está en todos lados y que genera una extraña hermandad global de pequeños robin hoods siempre listos para pelear contra el gran monstruo del matrix por medio de técnicas de *sabotage*.

Hay un sapo naranja en la regadera. Esto es demasiado nuevo para mí, demasiadas cosas pasan a la vez y lo único que en realidad reconozco son los peores símbolos del capitalismo trasnacional: Coca-Cola, McDonalds, Volkswagen, Shakira-Shakira, los ojos y la boca austríaca de Luisa que ríen de mí.

Podríamos haber llegado a un hotel normal, pero no, Luisa como buena colombiana nunca estuvo a tiempo para reservar.

—¿De qué hablas, bonito? ¿Qué es esa neura con que tenemos que reservar? Yaaaa.

—Luisa, es el carnaval. Es Bahía, es Brasil. A su modo Brasil es primer mundo y por eso mismo también es organizado. Tenemos que reservar.

Pero ella opinaba que no, que en América siempre había adónde llegar. Y se respaldaba en Bárbara, su amiga net.artista que decía:

—¿Reservar? ¿Qué le pasa a Bruno? En todas las ciudades del mundo siempre hay adónde llegar.

Pero no en mi cabeza, que para ahora ya estaba harta de la vida cronopio y tenía muy clara la visión de un Berlín en 1997 súbitamente invadido por millón y medio de ravers que llegaban al Love Parade y entonces no había a donde llegar a dormir que no fueran las calles. Y esto no podía ser mejor: era la centenaria institución del Carnaval era Bahía era Brasil. Era el 2006. Y el turismo global quería acción.

Caminábamos dentro de las multitudes con dirección a no recuerdo qué, nuestros guías brasileños nos llevaban hacia eso un poco desesperados, caminando al frente, pensando en la extraña pareja de extranjeros subdesarrollados que Tatiana les había encargado. Luisa era demasiado austríaca para ser colombiana y yo demasiado callado para ser mexicano. Nos habían llevado ya a nadar a una praia donde no había turistas y nos platicaban del tactical media brasileño y cómo por alguna extraña razón la escena había terminado trabajando para el presidente Lula Da Silva. Pero nosotros no hablábamos mucho, veníamos exhaustos del carnaval en Olinda y Recife, del maracatú en las calles angostas y teníamos ganas de estar juntos para platicar por fin con calma en una lluvia de ideas, que nos permitiera sentar el plan maestro de nuestra particular cons-

piración que nos había llevado hasta aquí. Pero no. Nosotros nunca nos veíamos, platicábamos por skype y chateábamos por instant messenger y a veces nos llamábamos por teléfono y nunca nos enviamos una postal y ahora estábamos aquí para platicar y hacer el plan maestro de lo que íbamos a hacer: definir lo que íbamos a trabajar. Pero Balbino y Tininha nos querían mostrar el Brasil del que estaban tan orgullosos, las raíces culturales de Angola y el mestizaje y esa fabulosa música que estaba en todos lados. Y yo no... yo quería platicar con Luisa. Pero Luisa no podía dejar de bailar. Y en eso, wam bam, de la nada unos chicos graffitean la pared. But they don't but they don't. Sólo colocan un stencil donde critican el sistema clasista bajo el que funciona el carnaval y yo sonrío y pienso con ternura en tantas cosas y entonces los acompañamos y protegemos mientras una y otra vez repiten la operación de poner el stencil, pintar con aerosol de distintos colores y continuar.

En los camiones van músicos, DJ's bailarinas, modelos y cantantes, y en general un cierto vip. Detrás y al frente de los camiones la gente baila con el uniforme que los identifica a un determinado bloco y que compraron para tener derecho a bailar dentro del territorio móvil que se define por una cuerda cuya demarcación protegen empleados de seguridad: nadie que vaya uniformado puede estar dentro del perímetro de esa cuerda: nadie que no haya pagado el permiso tiene derecho a bailar cómodamente la música de los blocos. Y ahí está el sistema sosteniéndolo todo: las chicas y chicos que mueren por entrar a bailar al interior del bloco y pertenecer, los empleados que cargan las pesadas cuerdas y no hacen otra cosa que trabajar por unos cuantos reais para que la clase privilegiada pueda bailar dentro... y los que están fuera, ¿que no entienden que no tienen que pagar para estar dentro de una cuerda que unos miserables cargan por media calle? ¿Que no tienen dignidad? ¿Cómo es que quieren pertenecer a algo que no les acepta ni respeta y que de hecho les impide entrar a menos que cumplan con ciertos standards? El carnaval es tan parte de nuestro mundo, de esta cosmovisión del mundo católico telenovela, que de repente es como si todo el sistema de consumo y producción cobrara sentido después de vivir esto unos minutos.

Y entonces sigo pensando en el graffiti y digo:

—Luisa, esto me recuerda 1993.

Pero ella no me lo cree. Piensa que alucino porque estoy cansado y lejos de casa o que critico a los taggers brasileños y al sindicalista porque esto me parece patético. Y Balbino excitado traduce a un mal español/inglés lo que pasa, y que básicamente se puede reducir a que un tipo algo mayor se acerca a decir que no se trata de graffitear aisladamente sino de trabajar en células armadas y tomar el Brasil entero, por las buenas, las malas, o en elecciones democráticas o con el pueblo en mayúsculas levantado en armas. Y yo le digo a Luisa:

—Luisa, esto es 1993 once again. Meses antes de que los zapatistas se levantaran en armas en México.

—¿De verdad?

—Y es que claro, tú no vivías en México. No sabes lo feliz que me hace poder ver desde fuera la situación. Es como otra vez estar en el frente norte, en la suburbia fronteriza y ver aparecer los síntomas pero esta vez entendiendo lo que va a ocurrir. Luisa, aquella vez para mí básicamente todo comenzó con un flyer.

—¿Un flyer? ¿Qué flyer?

—¿Qué más da? Lo importante es lo vivos que están estos chicos: el graffiti y color que le imprimen a la ciudad: las ideas: las ganas de vivir.

Luisa no supo qué decir, quizá pensó que me burlaba.

—Bruno, si para ti todo es net.art, interactivo, hipertextual, electrónico y digital. Y esto ni siquiera está en internet.

—No, Luisa, esto... está vivo.

Y entonces como si nada, esperábamos a que el señor y los street-artists se dejaran de gritos y empujones, sabiendo que nada iba a pasar, que esto no se detendría aunque la policía lo intentara frenar. Y entonces fue como Halloween en 1993 en Avenida Revolución. Luisa me dijo:

—Bruno, Bruno, anda, cuéntame ya.

Y entonces hice lo que pude y le conté cualquier cosa, pero 1 semana después, al regresar a mi departamento en la Colonia Roma de Ciudad de México. Desempolvé los archivos guardados en los floppy disks de una vieja procesadora de textos, y manuscritos borrosos, y fotocopias arrugadas y amarillentas. Todas esas viejas palabras que en algún momento

escribí, y comencé a narrar esto que trata del graffiti y esa revolución de los colores que en algún momento en mi vida lo fue todo absolutamente. Como lo dije antes:

—En el principio fue un flyer...

DECORANDO LA CIUDAD (SUEÑO-DIMES-HEM)

(Este es un xerox firmado por Tonto que tiene invadida a la ciudad de San Diego y Tijuana. Esta es una introducción a la historia en sí: la gota que derramó el vaso: la fotocopia que creó lo que Einstein llamó reacción en cadena, la mariposa que al aletear generó una tormenta en esta ciudad fronteriza gris y sin estilo).

En todas las grandes ciudades del mundo existen el graffiti y el tag. En Nueva York, las calles y edificios se encuentran repletas de murales, tags y otras muestras de arte pop urbano. Durante la división de Alemania en este y oeste, la pared de Berlín fue el principal punto de encuentro del spray y los renegados, ahora es la ciudad entera: think Mitte, Rigaerstrasse, Pankow, Kreuzberg, Zoologischer Garten. En Los Angeles los taggers están en las escuelas disfrazados de estudiantes, en los suburbios son los hijos de mamá y papá, en la ciudad caminan por las calles como si nada pasara, mientras esperan la noche y la oportunidad de rayar el cielo. En ciudad de México están las pintas cortesía de las huelgas diarias, los estudiantes y los atrevidos. Amsterdam tiene fama de ser la capital mundial de la libertad, el graffiti no podía faltar. París ya no necesita a la Mona Lisa ni al Louvre, Marcel Duchamp y el futuro son los únicos culpables. En las grandes ciudades del mundo, pese a la actual sociedad retrógrada, las cosas no podían estar mejor: Tokyo, Hong Kong, Barcelona, Bangkok, Sao Paulo, Moscú.

¡Y la sociedad se sorprende! Pero no importa, en todo el mundo el gobierno, la policía y la sociedad conservadora ven el cambio como negativo. ¿Cómo puede ser malo llenar de colores a un mundo gris y contaminado? ¿Cómo podías esperar que no fuéramos a rayar la pared que divide al primer y tercer mundo, los puentes peatonales de la deuda pública y todo nuestro escenario de la pobreza? Vivimos en el infierno, sí, no hay duda de eso, pero por lo menos intentamos que sea morado, rosa, azul, plateado. Un infierno mejor.

Esta pobre ciudad nació de la fiesta, la noche, el contrabando, y sobre todo de la prohibición de alcohol en USA. Esta ciudad desde siempre alimentó de cheap thrills y escenarios baratos a los turistas con dinero. Y ni siquiera tanto. Un dólar siempre pudo comprar a un mexicano sin empleo. Siempre fuimos esa clase de personas. Desde el principio tuvimos manifiesto nuestro destino. Esta ciudad es el ejemplo perfecto de una ciudad anárquica, repleta de piratas en todos los sentidos y especialidades. Y señores, parece que ustedes quieren olvidarlo y hacer como si todo esto fuera mentira, sólo para seguir viviendo engañados en su mundo de nuevos ricos. Viven en la frontera del caos: aquí todo puede suceder. Y con apenas un poco más de un siglo de historia, su ciudad ha sido invadida por los tags de Sueño-Dimes-HEM, Dark, LTK, Tonto, Kamel, Disco, Kid 13, Berol y otros taggers más. ¿Y qué si el presidente municipal se queja? ¿Y qué si a la gente no le gusta? ¿Qué creen que quiere decir DLC, si no Decorando La Ciudad? ¿Y qué HEM, si no Hecho En México? Aunque se nieguen a aceptarlo esta es una forma de expresión como cualquier otra.

Para algunos es horrible ver Sueño, Tonto o HEM por toda la ciudad, ¿pero qué si en lugar de que HEM rayara, lo hiciera Dalí? Eso sí que lo considerarían arte, ¿verdad snobs? ¿O qué tal si lo vieran en un museo? Sería super groovy, ¿no?

Algunos taggers de nuestra ciudad decidieron olvidarse de decorar la ciudad. Intentaron el mural o graffiti art de contenido social. ¿Y qué pasó? Casi nada, confundieron el arte con los consejos, ensuciaron la ciudad con sus decadentes murales. La llenaron de moralejas disfrazadas de graffiti, cuando era tan obvio que no era más que propaganda. Pero no importa, estamos acostumbrados a vivir en una sociedad tan decadente como la nuestra, donde las copias tienden a ser más apreciadas que el original.

Sinceramente no sabemos cómo hemos logrado sobrevivir este basurero al que llaman ciudad, pero suponemos que en parte gracias a tanto tiempo de asistir a clases. La escuela está diseñada para inmunizarte y hacerte parte del juego. Contesta presente y haz lo que te diga tu superior, acostúmbrate a que siempre será así. No hagas preguntas necias, ni cuestiones nada, sólo memoriza y compórtate como es debido. Siéntate, cállate y no vayas a llorar.

Pero aún así el tag se está comiendo todo. Y gracias al grafiti nuestra ciudad se llenó de color. Sabemos que no es un color legal, pero al final lo que importa es el color.

El grafiti puede no ser una forma de rebelión social estilo «2 de octubre no se olvida» o «Vote por el partido de izquierda de moda», pero nos indica que la rebelión sigue, que por más que el sistema lo intente, nunca podrá controlarlo todo. Siempre habrá mentes opuestas.

Y tal vez sea horrible, pero exactamente de eso se trata: somos el resultado de 2000 años de hacer las cosas mal.

Y tal vez el grafiti sea antisolemne por desafiar a héroes nacionales («Los héroes no se inventan»), pero de no serlo, entonces esto no sería rebelión.

Y tal vez sea aún más horrible, pero no tanto como el mundo que ustedes adultos nos han heredado, como este mundo que intentamos cambiar.

Y sí, el grafiti sí es horrible, pero es una forma de expresión como cualquier otra y no sólo eso. Para los que no contamos, para las minorías, para los ingenuos, es menos horrible que sus anuncios de cerveza, sodas, comida, partidos políticos, etcétera, que invaden nuestra ciudad. Ya no podemos estar un momento sin ese boom comercial que nos hacen en calles, televisión, y en cada rincón de nuestro cerebro, sueños, imaginación.

Y puede que ustedes nunca lo comprendan, pero no importa, porque los tags seguirán y ustedes no podrán detenerlo nunca. No podrán detenerlo porque ustedes nunca resuelven nada, ni problemas de drogadicción, ni de pavimentos, ni ecológicos, ni de nada.

No se trata de atacar los síntomas, el verdadero problema es la enfermedad.

Y los taggers decorarán la ciudad. Y esperamos que comprendan que este también es nuestro mundo, y que si a ustedes no les gustan los graffitis y los tags, pues a nosotros no nos gustan sus anuncios, ni la educación que nos imparten, ni su corrupción, ni su industria contaminante, ni sus guerras y ni sus vidas.

Acabemos con el pasado. Cambien y cambiaremos.

ATTE. TONTO Y EL FOOL KREW + HEM + DLC Y TODOS LOS GRAFFITI GUERRILLA KREWS DE CIUDAD TJ.

1. SÁBADO SINTÉTICO EN SEPTIEMBRE

HOY ES SÁBADO y para variar no estoy en San Diego con 20 dólares en la bolsa y por lo menos 10 distintos CD's que mataría por comprar (aunque apenas me alcance para un par); podría perder horas de mi vida frente a tazas carísimas de café europeo. O pensar en las cosas que me gustaría hacer y que nunca hago; en la ropa que me gustaría llevar y para la que nunca alcanza; podría perder el tiempo en centros comerciales y cines donde vería 3 películas pagando una sola (el truco está en esconderte en el baño entre función y función: siempre funciona). La idea es desquitar el interrogatorio que nos hacen los agentes de la border patrol al cruzar la frontera (sí, claro, sólo a los mexicanos), y el hecho de que siempre encuentren sospechoso que mi papá sea un american citizen y yo simplemente mexicano.

El sábado por lo general lo dedico a los amigos o a papá (el acuerdo es ver todos los sábados a papá, necesito una figura paterna). Esta vez no fue así. Estoy enfermo. No sé por qué o de qué. Sólo sé que parte de la cabeza pesa, que un calor que no es calentura recorre mi cuerpo, que mis ojos brillan de lástima y que tengo mucho sueño.

Duermo. Tal vez más de 20 horas. Y mientras lo hago, muchos escalofríos recorren mi cuerpo, mientras reflejos automáticos y disfuncionales me mueven a su antojo y me hacen caer en pesadillas por mil vacíos. Es una noche difícil que empezó el viernes al oscurecer y terminó el sábado por la tarde. Sí, el médico me explica que es cansancio, tensión. Me explica que es necesario dormir más de 5 horas diarias. Me pregunta cuál es mi rutina: despierto a las 5:30, salgo de la escuela a la 1, llego a casa a las 4, desayuno hasta las 5 (poco antes de que caiga el sol), hago multitasking mientras escucho música electrónica hasta el oscurecer, tomo fotografías o video hasta las 10:30 y me encierro en el cuarto oscuro hasta las 12:30. Luego descanso y me preparo mentalmente para el día que nacerá en unas horas, a las 5:30. Es tan difícil. Comienza y nunca termina. Es el loop eterno de la vida. Such a hopeless life. Lo sé.

Sí, es la 1 PM del sábado y las extraño. A esas 2 que insul-

to y golpeo a diario. A mi par de amigas que quiero tanto y que no lo saben. Maritza y Marcela.

Falta mucho para el lunes, para la rutina, y yo estoy acostado viendo por televisión las últimas desgracias que he hecho en cine y video. Porque no quiero conformarme con ser fotógrafo fijo por el resto de mis días, porque quiero ser lo suficientemente bueno para entrar a una escuela de cine cuando termine la prepa y eventualmente dedicarme a filmar películas. Las mías, no las que una compañía quiera que haga. Río para mis adentros y me comparto un poco de ese pensamiento de inconformidad que tanto me encanta, aquel que me hace sentir vacío y superficial.

En este momento desearía ser otro, pero desgraciadamente mi cuerpo me aprisiona dentro de él. Un timbre. El teléfono. Son ellas que me buscan. Me extrañan. Las veo en un cinema. Vemos una película. Quiero besar a Maritza. Marcela me quiere besar. Nadie quiere lastimar a nadie. Las molesto un rato. Luego se molestan entre sí, nos hacemos sentir mal por unas horas mientras comemos junk food y perdemos nuestro tiempo en el centro comercial. Luego nos abandonamos y cada quien se va a lo suyo. Sospecho que ellas se van juntas. A seguir en lo mismo. Supongo que a vivir.

Me quedo solo. Ahora podré pensar en ellas, en lo mucho que las quiero, en las cosas que deseo decirles, en cuántas ganas tengo de estar con ellas.

Camino unas cuantas calles y me siento a ver un atardecer sobre el río Tijuana, un río que apenas tiene agua y que en vez de tierra está hecho de cemento: así de patético es. Procuero no pensar en todos los que llegan aquí planeando ser american citizens en algún momento futuro, sin saber que su destino es terminar ahogados en el río o en el Océano Pacífico, hinchados, morados y con muchos sueños menos de los que originalmente cargaban, y me pregunto si los sueños se quedan en las calles de la ciudad, o si regresan con sus familias o son decomisados por la border patrol para experimentar con ellos y un día entender mejor la psicología del migrante. Pienso en el agua de este río y cómo se mezcla con el drenaje de la ciudad, y aún así, el lejano eco de música trance-hipnótica, ambiental y repetitiva me obliga a quedarme en un lugar tan sucio. Un pick-up se

estaciona y muchos taggers se bajan de él para graffitear las paredes de concreto. Mis sentidos están confundidos, casi anulados. Me piden a gritos permanecer ahí.

La música es un corazón palpitante, bombea sonidos que fluyen por el caos organizado de la ciudad. Un dee-jay móvil mezcla discos desde el pick-up, los taggers rayan las paredes y ellas 2 bailan. No Maritza ni Marcela. Otras 2. Ahora hay otras 2 frente a mí. Lo que quiero está ahí. Me desplazo hacia donde están estas personas y veo en las paredes los dibujos y los colores y HEM y Tonto y Sueño y mucho Tekno!!! Esto sucede sólo para mí, me hipnotiza totalmente mientras desciende y se desplaza hacia algún lugar lejano y prohibido y ellos huyen en el pick-up a seguir con lo suyo mientras son felices, pero sobre todo a seguir haciendo lo que deben. Quisiera permanecer ahí para siempre, ser parte de ellos, ser uno más; pero sé que la sociedad y la policía los vigilan sigilosamente y sé que esperan el momento de detenerlos. Huyo a la noche, sólo para encontrar a papá caminando por las calles (pensando en no sé qué cosa), desea llevarme a la casa y establecer una comunicación padre-hijo. En el camino el cansancio vuelve a dominarme. Mi cama me recibe. Al posarme sobre ella ya no siento, ni pienso.

La enfermedad ha vuelto.

2. CAMINATA

A VECES, mientras la vida camina hacia la muerte, pienso en lo que tengo y en lo que no tengo. Creo que la vida me ha jugado un truco sucio. Lo sé.

3. HISTERIA EN HISTORIA

VIERNES, 10:40 AM, la clase de historia inicia. El viejo alcohólico nunca deja salir a nadie al baño. Nunca. Y yo ya casi no soporto la presión. Siento que la explosión viene y no quiero ver como todos terminan orinados. Casi lo imagino diciéndole a Betza mientras ella tose y tose, escupe sangre y en general se muere como la pobre dama de las camelias:

—No se haga la muerta, ¡o la repruebo!

Betza como siempre está sentada frente a mí. Es la número 29 de la lista. Yo el 30. Estamos en riguroso orden alfanumérico.

—Betza —soplo en su oreja—. Betza.

Ni siquiera da señales de respirar.

—Betza. Betza, yo sé que me oyes...

El viejo alcohólico levanta la vista, tras un ligero sueño de 15 minutos durante los cuales respondimos un cuestionario de 75 preguntas absurdas y dice:

—¡Shh! ¡Guarde silencio y no se haga payaso o lo saco del salón y ya sabe!

El viejo alcohólico no tenía idea de quién había roto el silencio, pero sabía inyectar miedo. Era su especialidad y era tan bueno como la Gestapo alemana.

Segundos después.

—Betza, ocupo saber la hora. Estoy orinándome.

Betza escribe 11 y levanta su cuaderno. No sé en qué pensar para distraerme, así que pienso en las cuentas suizas que están en Ginebra, Zurich y Berna con apellidos mexicanos, llenas de dinero que nos habían robado en las narices, y lo seguirían haciendo, y nosotros nunca hacíamos nada porque era más cómodo así. Sólo nos quejábamos cuando la ola de la corrupción chocaba contra nuestras casas y sentíamos el verdadero significado de la palabra impotencia. Entonces decíamos que no tenían vergüenza, luego los olvidábamos para continuar el hilo sin rumbo de nuestras vidas.

Entonces el profesor regaña a Rubio porque se está peinando, le dice:

—¿Te crees muy guapito, verdad, Rubio?

—Pues no mucho, pero sí... algo —le contesta Rubio.

El salón ríe y el profesor le sugiere a gritos que se deje de tonterías, que las mujeres no le van a solapar toda la vida. Pero Rubio nació para eso y además es simpático. La clase se va en discutir con el profesor. Yo imagino que lo torturo. Esto me ayuda a soportar la existencia.

Pero ya casi no soportaba la presión. Creo que me movía demasiado, porque Lucio, el número 31 me dijo:

—Bruno, ¿ya no te aguantas?

Y era verdad, ya no me aguantaba.

—Profe.

—¿Qué?

—Profesor.

—¿Qué quiere?

—¿Puedo ir al baño?

—¿Puede? ¿Cómo que si puede?

—OK, ¿me permite ir al baño?

—¿Y para qué?

—¿Cómo que para qué?

—¿A qué quiere ir?

—A mear.

—No se dice mear.

—Perdón, a orinar.

—No sea grosero. No le da vergüenza decirlo frente a sus compañeras de clase.

—Profesor, yo sólo contesto su pregunta. ¿Puedo irme ya?

—No. No va. Aquí no hay permisos de nada para nadie. Viene a estudiar, no a ir al baño, ¿entendido?

—Sí, gracias. Muy amable, OK.

—No, no OK. OK es un vocablo gringo y nosotros somos mexicanos. Mexicanos. Déjele eso a los ridículos de los pochos y los chicanos. Pero aquí somos mexicanos, ¿queda claro?

—Ah, OK, gracias. Gracias por el tip. De que soy mexicano y de OK. Siempre es bueno saber —digo en plan de molestar y sobre todo presintiendo mis calzones mojados.

No sé si podré seguir así, pienso en las 5:30 AM, la hora en que despierto todos los días con la música del radio, que siempre parece ser la peor de la historia del FM, pero que por suerte debe ser mucho mejor que la historia del AM.

El mundo cambia y yo quiero ser parte de la historia. No espero ser el personaje central, pero tampoco quiero conformarme con ser uno más en el contingente de extras. Desgraciadamente debo ir a clases. No puedo pensar en tener una estación FM, ni AM, ni siquiera radio por internet. ¿Además para qué? Aquí pocos saben lo que es internet.

Hace algunos años en Berlín, los alemanes del este ya no querían muro, sus dirigentes tampoco. Mikhail Gorbachev de

la CCCP no quería saber de más muertos en esa pared y no sabía cómo sostenerla. El muro de Berlín se derrumba el 9 de noviembre de 1989, la noche en que los noventas llegaron al planeta Tierra. Pero esto es hoy, y esto es Tijuana. Aquí nada va a pasar nunca. Lo juro. Incluso la pared que divide a México de USA apenas se está construyendo, esta historia apenas comienza.

Llevo años diciendo que esto va a cambiar y sólo empeora. No puedo seguir siendo el mismo de antes que quiere libertad y no puede darse el lujo de perder su lugar en el mundo. Me preparo algo muy parecido a desayuno y me deslizo a toda velocidad a la realidad. Pero sin importar que en ese momento estén sucediendo cambios genéticos a los afectados de Chernobyl o que los Staaten de Amerika bombardeen las escuelas en Iraq mientras se toman la molestia de innovar el futuro de las guerras, la hiperrealidad y las telenovelas, en la escuela siempre es igual y nada cambia. Nunca. Me pregunto cómo podemos permitir que el tiempo escape sin salir lastimado. ¿Cómo permitimos que la vida se vaya sin que la vivamos? Pero nunca me doy el lujo de responder, mucho menos de preguntarlo en clase de Historia.

De repente bye-bye, digo en mi mente y tal vez con la voz muy alta, porque puedo ver como todos ponen su cara de «No otra vez, Bruno, please». Pero no me importa porque yo sólo quiero ser feliz, y la historia me tiene atrapado en la escuela y la única manera de salir adelante es haciendo realidad los deseos más absurdos de mis profesores. Y ese ya no puede seguir siendo mi estilo.

Salgo del salón de clases y camino hacia el baño, que no queda muy cerca que digamos. Puedo escuchar las palabras del filósofo-poeta tailandés Mingh Nanzuko mientras hablaba en la selva frente al dictáfono y limpiaba su fusil, muchas décadas antes de que yo naciera, decía: «El tiempo define esto tan raro que llamamos mundo, mientras nosotros nos definimos a nosotros mismos. Parece irónico que debamos renunciar a vivir en esta realidad si queremos cambiarla, que debemos escondernos en las sombras de la selva tan sólo para poder existir».

Me doy cuenta que no quiero tomar medidas extremas como Nanzuko, que era tan radical como sus tiempos lo merecían y entonces me pregunto si los míos no lo merecen. Y

entonces supongo que sí, pero yo sólo quiero seguir retratando la realidad con mi Canon AE-1: documentar esta sinfonía histórica que es el fin-de-siecle, que a su vez es fin de milenio y que lleva por nombre los psychick plastic global nineties; entrar en un rave en pleno San Diego nocturno y descubrir a DJ Exist mezclando el sonido del futuro y saber que algo pasa, que las cosas pueden cambiar, que la escuela, mi ciudad y mi país no son toda la realidad.

Pero de repente estoy en una clase de psicología o trabajo social donde debo desnudar mi alma como si fuera stripper, sólo para recibir frases de apoyo moral escritas por mis compañeros en papeles que no son ni billetes de dólar. Puedo verme en el clímax del trauma, mis compañeros riendo, la profesora obligando a los alumnos a vaciar el sufrimiento de toda su vida, y los alumnos convulsionándose en el llanto; y en cuanto el timbre interrumpe, la clase termina: el alumno automáticamente deberá regresar a modo normal: a estudiar matemáticas o historia.

Así. Como si nada. Y yo simplemente prefiero reprobar antes que eso. Sorry. Lo siento. Entsch uldigung. Pero así soy, ¿y qué?

4. INCÓGNITAS XEROX

HABÍA MUCHOS TAGS en las paredes del baño, una serie de mensajes crípticos que me daban en qué pensar mientras decía adiós a una parte de mí y la veía unirse con el resto de la ciudad en el sucio e infinito drenaje.

Mi favorito era un Bobo-Pinshi-Tonto rayado con algo muy parecido a chicle, pero que en realidad era un marcador industrial color rosa. A veces me hubiera gustado poder llevarmelo a mi casa como si fuera una pieza de arte, aunque en realidad sólo era una cicatriz de nuestro tiempo, y al final las 2 cosas son casi lo mismo. Los tags pequeños los hacían con streakers, eran prácticamente imposibles de borrar y estaban por toda la ciudad en distintos tamaños: en los espejos de los baños y las bancas de la ciudad y los teléfonos públicos, pero básicamente en toda la ciudad.

El baño estaba muy sucio, había charcos de meados y caca y mal olor y el mismo xerox en todos lados. Tomé el más limpio y comencé a leerlo. Algunas personas entraron al baño, mientras otros seguían conectados religiosamente a sus terminales de drenaje. Sólo los dioses sabían exactamente lo que pasaba por sus mentes mientras pujaban, pero yo imaginaba algo. El xerox se llamaba «Decorando La Ciudad (Sueño-Dimes-HEM)» y era una especie de manifiesto en zine, excepto que era una simple hoja fotocopiada, donde los taggers declaraban la guerra. Me lavé las manos. Sin jabón. En estos baños nunca hay jabón.

—Hey, Bruno, ¿qué onda? ¿Ya saliste de clases? —me dice Gabriel que por alguna razón también está en el baño.

—No... O pensándolo bien pues sí, sí, algo así. Tipo que más bien me sacaron, pero no tanto. ¿Por qué, eh?

—No, nomás. Qué mala onda que te sacaron. Si no tienes nada que hacer, vamos a estar allá arriba por el puente. Ve.

—¿Arriba en el puente?

—No en el puente, por el puente.

—...OK. Sí.

—Ahí vamos a estar hasta la tarde.

—OK, ¿y ya cuántos días llevan, eh?

—¿Hoy incluido?

—Sí.

—9 días.

—Pues en serio déjame decir que están muy pesados...

Muy muy pesados.

—¿Entonces qué, vas a venir o qué?

—Sí, yo creo que sí. Todavía hay que ver qué onda, pero saliendo de todo esto, yo creo que sí. Digo, ya sabes cómo son las cosas, ¿no?

—Sí, dood, ya sé. Pues ahí vamos a estar. Ya lo sabes.

—Sí, ya no más salgo de clases y veo qué onda. Yo me imagino que se va poner muy bien, ¿no?

—Dood, mejor que ayer, para que me entiendas lo que te digo.

—Si ya me imagino. ¿Ya cuántos días dices que llevan?

—No sé, 9 o 10 días.

—¿Y cuántos crees que les quedan antes de...?

—¿De qué?

—Antes de... morirse o cosa parecida.

—Yo creo que para eso bastante.

—Yo también creo que sí, ¿pero desde cuándo dices que empezaron?

—Mira, empezamos... No sé, ¿para qué te cuento? Este fin de semana lo empezamos el lunes por la mañana, pero antes de eso estaba el fin de semana pasado que había empezado el miércoles por la noche, o sea que ya van... Ya van...

—Muchos días.

—Sí, muchos días.

—Pues sí.

—¿Entonces qué? ¿Nos vemos ahí al rato?

—Zaz.

—Y por cierto, en caso de que se te atraviesen otros planes, déjame decirte que van a ir unas amigas de la secundaria de a lado.

—¿Secundaria? ¿Secundaria? ¿Qué te pasa, oye? Las muchachas de la secundaria todavía están medio niñas, ¿no?

—Bruno: sin presión. Ya sabes, libre albedrío. Nos vemos al rato. Piénsalo bien. ¿OK?

—No, no OK —dije imitando a Arrollo.

—¿Qué?

—No, está bien. Lo voy a pensar.

—Sin presión, Bruno, ya sabes.

—Bueno.

Y mientras se iba, le vi el xerox en la mano. Él también sabía. Me quedé frente a los espejos del baño, lavándome las manos, pensando en la manera en que la ciudad iba a reaccionar ante esto. La gran mayoría ya estaba cansada del graffiti. Pensé que ya no se podía seguir pensando que el mundo y la sociedad eran injustos, ni llorar en las noches tristes o ir a los conciertos sólo a bailar slam. Este era el momento, seguir como hasta ahora, era perder el tiempo.

Caminé hasta el salón de clases e intenté regresar a la realidad absoluta. Gracias a Dios no pude.

—Fuentes, ni se le ocurra. Está reprobado. Que le vaya bien. Adiós, póngase a hacer la tarea pendiente o a estudiar estadística: váyase preparando para reprobado historia en los

exámenes para reprobados. No vaya a cometer el error de vagar por la escuela como si fuera modelo, que de eso están llenos los pasillos, la plaza cívica, la cafetería, las calles, el mundo. Y aparte usted está muy feo para andar de modelo. Eso déjesele a los guapos y a las muchachas bonitas. Póngase a estudiar si en el futuro no quiere terminar enfermo y desempleado, mendigando, haciendo el ridículo por no haber estudiado cuando pudo. Adiós. Que le vaya bien. Hasta la próxima. Hasta nunca.

5. LA CONFUSIÓN DE NANZUKO

FUI A LA CAFETERÍA por una soda. Iba muy enojado, odiaba al resto del mundo que no era yo. La profesora Beatriz estaba sentada en una mesa bajo los árboles. Me acerqué y la saludé. El coraje se disolvió tan pronto dije hola. Ella era capaz de eso.

—Hola, profe.

—Hola, Bruno.

Beatriz tenía como veinticinco años. Era inteligente, supongo que bonita y me imagino que si hubiera tenido mi edad, haríamos un buen equipo de kung-fu. Seguro que si alguien tenía posibilidades de entender, era ella. Estaba tomando té. Me senté y le enseñé el xerox.

—Ah, eso. Cuidado, porque los profesores ya andan queriendo hacer listas de todos los que tengan que ver con eso. Están enfermos.

—¿Y qué le parece?

—¿La lista o el xerox? —dijo—. La lista me parece la respuesta normal de ellos, el xerox es un poco violento... Pero igual: esto así tiene que ser.

—¿Usted cree?

—Esto siempre es así y siempre será así. Ellos no van a entender, si ni siquiera sirve de nada que lo hagan. Esto va a pasar, más vale que se aguanten. Pero ten mucho cuidado, Bruno, porque creo que si esto es como lo pinta Tonto en el manifiesto, se va a poner duro. Ya me imagino cómo van a reaccionar la clase de alumnos que borran los colores de las paredes, todos esos religiosos de 17 años que en cada oportunidad se las ingenian para discutir La Biblia y el Apocalipsis en clase, además de los

muchachos que nunca cuestionan nada y siempre van y hacen lo que les dicen. Pero sobre todo los fanáticos que creen en la necesidad de una ley rígida y castigadora con pena de muerte incluida. ¡Puajj! —dijo mientras hacía una mueca.

—Hasta parece que esto es real.

—Sí, es como si lo hubiera escrito Mingh Nanzuko. Un poco menos porque en aquel entonces todo se precipitó en una guerra, pero fuera de eso, es prácticamente lo mismo, Bruno.

No cabía duda, éramos como un par de fugitivos de guerra que nos encontrábamos una noche en el vagón bar del expreso Shanghai, o no, mejor en el expreso de Oriente, para desaparecer al día siguiente a nuestros destinos: noches frías en el Sahara, o la soledad del Mediterráneo, quién sabe si una vida en el Ártico o peor. Por hoy platicábamos y ya. Hacía tiempo Beatriz se fue estudiar a la ciudad de Manhattan, tenía veintitantos años y todavía tiene veintitantos años, pero entonces me había enseñado las cosas más elementales de todo este juego cuando yo sólo era un niño en la pubertad y todavía pensaba que todo era posible (hacía ya 3 o 4 años). Yo era su alumno favorito en la clase de Español en la secundaria, y generalmente cuando pedía comentarios sobre arte, literatura, revolución o la vida misma, los míos le parecían de lo más extraños y eso le gustaba, además aquí nadie opinaba nada y al que opinaba se lo comían vivo entre todos. Definitivamente Beatriz pertenecía a otro mundo: no lo sé, tal vez al círculo Dada en los 1920's o 30's, a algún campo olvidado de la Europa oriental, al socialismo o a un rincón olvidado en la Biblioteca Central de alguna ciudad donde sí hay libros que vale la pena leer, y no sólo literatura nacionalista. Beatriz no cabía aquí, pensé que seguramente pronto se iría a otra ciudad donde pudiera vivir y quizá en el futuro (en alguna tierra civilizada) todo sería diferente entre los 2. Maybe. Pero en la realidad de este triste presente, Beatriz era callada, solitaria, fría, muy cool y al parecer ya había perdido las esperanzas: no cabía aquí. She didn't belong here. No había lugar para ella. Y eso era bueno. No haber era lo mejor que podía pasarle a alguien aquí. De otra manera estabas condenado a pertenecer. Y eso nunca.

—Déjame que te lea de *La autointerrogación de un inconforme en Bangkok* —dijo—. Esto es de cuando Nanzuko

camina en las terregosas calles de su ciudad y ve cómo el siglo 20 brilla sobre su domicilio... Y él teme la llegada de la bomba y el napalm: «El tiempo y el espacio eran consumidos por la decadencia de la modernidad, por esos atardeceres tan penetrantes que llegaban a nuestro suburbio justo en el momento en que menos los necesitábamos, a recordarnos, que el tiempo transcurría y que el mundo necesitaba un cambio que tal vez podíamos darle. Ciertamente, debíamos renunciar a tener una linda novia que nos acompañara a los bailes de jazz y a recorrer las apocalípticas calles de la noche, y que por cierto, por más que nos esforzábamos no teníamos». Suena parecido a esto, Bruno, recuerda que Nanzuko estaba atrapado en Asia, un lugar que como Latinoamérica, existía sólo para ser conquistado y colonizado por Occidente hasta el final del tiempo, para servir de laboratorio al primer mundo, para recibir señales gastadas de radios de onda corta al otro lado del mundo que darían esperanzas para que la gente pudiera continuar viviendo... Nanzuko estaba atrapado en ningún lugar, por eso quería escapar a cualquier precio. «Era el signo de los tiempos modernos que se desvanecían para dar paso al futuro y a esas esperanzas que algunos todavía teníamos aún sin saber si valía la pena seguir teniéndolas. Era la desesperación por existir en una sociedad donde puedes hacer todo menos ser tú mismo».

Pero yo no era Nanzuko, yo sólo quería capturar el mundo ordinario con la AE1, la realidad absoluta de un tiempo en que la escuela sólo enseña a sobrevivir en un mundo donde debes copiar, mentir, venderte, robar, jugar con la vida de los demás.

—¿Qué dices, Bruno? ¿Es lo mismo o no?

Sonreí, no había nada que pudiera decir. Luego me despedí. Había cosas por hacer.

6. NO-SILENCIO

EL TIEMPO COMO SIEMPRE marchaba aprisa, era viernes al mediodía. El baterista de No-Silencio se me acercó y dijo:

—Ya está. Ya es seguro que vamos a tocar el lunes. Vamos a invitar a unos amigos. Seguro has oído hablar de ellos.

—¿Sí?

—Sí. Se llaman Conflictos Laborales. Es una banda que está en contra del sistema.

—Ah, sí. Los he visto en algunas marchas. Creo que ahí está el guitarrista de Los Baratos, ¿no?

—Ex guitarrista. Se salió porque Los Baratos no seguían el camino de la Quinta Internacional. Quiso hacer algo más político.

—Conflictos Laborales —le dije.

—Sí.

—¿Y qué tal, eh? ¿Son buenos?

—Pues no es mi estilo, pero en lo que hacen están bien. Oye, ¿y qué onda? ¿Cómo van las fotos de la exposición? —me preguntó.

—Bien, van bien —dije no muy convencido, pero aparentando lo contrario.

—¿Alguna de la banda?

—¿De cuál?

—No-Silencio.

—No.

Silencio. Nada que decir entre los 2.

—Bueno, pues a ver qué tal se pone el lunes —me dice.

—Sí —le digo.

—¿Va a ir mucha gente?

—Sí.

—Oye, ¿y siempre va a tocar aquel dee-jay de música techno?

—¿Exist?

—Ese.

—Sí —le digo.

—Hmm.

Más silencio.

—Pero ya sabes que a nadie le gusta el techno, ¿no?

—Hmm, que lástima. Tendremos que decirles que no van.

Para mí sólo había un DJ: dee-jay Exist, y siempre estaba tocando. Llevaba sus cajas de discos y los mezclaba en todos los pueblos y ahora estaba tocando Berlín. Una noche descubrí su secreto: estaba enamorado de Ecstasy, una mujer que sólo quería revelarse contra todas las cosas que existían y cuando no

existiera ya nada, también iba a revelarse contra eso. Exist tenía ganas de vivir todo lo que se cruzara frente a él. Era el dee-jay y estaba tocando. Berlín. Los hipnotizaba, y cuando digo los hipnotizaba, es porque los hipnotizaba. Ponía pensamientos en las cabezas de otros y a través de la construcción de ritmos y de encimar atmósferas sobre ácidos y secuencias y cajas de ritmo grabadas en vinil, los hipnotizaba. Llevaban horas bailando y el dee-jay no paraba. Era Exist hasta el final del tiempo.

Nos vimos las caras unos minutos más y nos deseamos suerte en el festival de mix-media. Íbamos a hacer todo el ruido posible, sabiendo que nunca nadie nos iba a escuchar, para algún día decir que por lo menos lo habíamos intentado. DJ Exist nos iba ayudar. El lunes. Hoy todavía era viernes. El baterista dijo adiós y se fue con sus amigos a hacer eso que hacen los músicos de rock antes de cada concierto, y yo a tratar de imprimir más fotos porque iba a ser un fin de semana largo.

7. MEDIODÍA DE STREAKERS, TAGS Y MUCHACHAS DE LA SECUNDARIA TODAVÍA VÍRGENES

AFUERA DE LA ESCUELA, recargados en una pared gris industrial, Gabriel y otros amigos se emborrachaban con cerveza caliente y niñas de 14 en plan de novias y rock & roll. Afortunadamente cuando llegué todavía faltaba tiempo para los vómitos, porque hoy no quería terminar en el patio de no sé quién, con todos mis amigos llorando. Había muchachas de secundaria que apenas comenzaban a tomar y si no se cuidaban se llevarían una sorpresa (que a lo mejor buscaban llevarse), porque a mis amigos les encantaba causar dolor y verlas derramar una poca de sangre, pero lo que en verdad no soportaban era el freak post-primera vez de adiós a la virginidad.

También estaban las de siempre. Y los de siempre. Saludé a todos. Me ofrecieron una cerveza y la tomé. Todos traían el xerox de Tonto en las manos, algunos hasta más de 3.

—Vendo streakers —dijo Haroldo—. ¿Alguien quiere uno?
—¿Streakers? —dijo alguien.

—Sí, streakers. Traigo morado, naranja, verde y azul.

—¿Rojo? ¿No tienes rojo?

—Rojo no. Ese es difícil de conseguir, porque casi todos lo quieren. Cuando traigo se me vende muy rápido. Puedo conseguirlo, nada más dame el dinero con tiempo... También vendo streakers de 2 colores. Díganme los colores que quieren y al día siguiente se los traigo.

—Haroldo, ¿que tenemos cara de que nosotros también nos vamos a poner a rayar las paredes como tontos? —dijo otro.

—Yo no sé. Si quieren rayar, les vendo streakers. Si no quieren, no compren. Como ustedes quieran —les contestó Haroldo—. Esa ya es su decisión.

Casi todos le compraron. El siguiente paso fue inventarse un nombre, algo que tuviera un significado especial para cada quien. Cosas como: Lover, Absurdo, Derecho, Invasión, Krimen, Libertad y hasta Etc. Ya estaban algo borrachos, pero a diferencia de mí (que también lo estaba), ellos se habían tomado más de 1 cerveza.

Tomé algunas fotos, no medí la luz, ni ajusté la velocidad. Sólo disparé, pero tenía un pretexto llamado cerveza. Haroldo me dijo:

—¿Qué onda, Bruno? ¿Otra cerveza?

Iba a decirle que sí, pero pasó Alberto y me saludó. Me di cuenta que no le gustó la escena y me pareció la excusa perfecta para decir adiós. La pared gris industrial la acababan de rayar entre todos y si la mirabas con atención, te dabas cuenta que se veía tan bien, tan llena de color y de vida, que te preguntabas por qué no rayaban todas las paredes de la ciudad, y sobre todo, ¿por qué no la habían rayado antes?

Les tomé las últimas fotos con un rollo a blanco y negro. De ahora en adelante, no debería usar otra cosa que color. El tiempo estaba cambiando y algo nuevo debía hacerse. Llena de colores la realidad. Baila tekno en la oscuridad.

8. ¿QUIÉN DIABLOS RAYA SUEÑO-DIMES-HEM?

ALBERTO Y YO CRUZAMOS el puente para tomar el taxi colectivo a casa. Distráidos. Sin hablar. Cada quien en lo suyo. Pensé en

Sueño, en la clase de persona que era. Seguramente escuchaba música underground hasta muy noche, fumaba cigarros en cadena hasta acabarse su cajetilla y preparaba ataques sorpresa a la ciudad, con sueños de color que sólo él podía tener. Alberto pensaba en su relación con Sandra, en cómo se preparaban para cruzar la calle hacia distintas direcciones.

—Bruno, ¿quién es Sueño? —me preguntó Alberto.

—Sueño. ¿Quién será Sueño?

—¿O qué es?

—No sé, un tagger, ¿no?

—No sé, pero puede ser un experimento secreto, un extraterrestre; no lo sé, me deja pensando —dijo Alberto muy serio.

No le contesté, preferí que elaborara su tema.

—Porque no sé, ¿por qué raya? ¿Por qué «Sueño»? ¿Por qué no «El Salvador Vencerá» o «Gobierno Vendido»? ¿O por qué no hizo una carrera política? ¿O comercial? Pudo haber sido bueno en marketing. Para mí que Sueño puede ser un visionario con un gran sueño en la mente. ¿Pero cuál es ese sueño? ¿Qué es lo que quiere?

—Sí, creo igual. Pero eso de extraterrestre, no sé, me deja pensando.

—Es sólo una manera de decirlo.

—Sí.

—Todos andan paranoicos, ¿verdad?

—Todos.

—Por Sueño, ¿no?

—Sí.

—¿Y tú lo conoces? Dime la verdad —me preguntó Alberto.

—No, pero me gustaría.

—Sí, ya sé, a mí también me gustaría.

—Sí, ¿a quién no?

—A Sandra.

—¿Sandra?

—Dice que es un idiota.

—Créele lo que quieras.

—Y que todos los que rayan son unos idiotas.

—Te digo que tú le creas.

—Dice que tú también eres un idiota. De hecho el más idiota.

—Vaya, por lo menos no soy cualquier idiota.

—Yo no sé, Bruno. Le creo, pero a la vez no lo creo. Tus amigos de hace rato son unos idiotas, pero el Sueño no es ningún idiota.

—¿Cómo sabes, Alberto? ¿Lo conoces? ¿Lo conoce Sandra? ¿Conoces a mis amigos? Hasta donde sé, Sueño puede ser cualquiera de mis amigos.

—No, no creo.

—Yo tampoco, pero puede ser.

—No. Sueño no es ningún idiota —dijo Alberto.

—Ya sé —le digo.

—Quisiera conocerlo.

—Ya lo sé —le dije—, pero mis amigos tampoco son ningunos idiotas. Sólo que no son como tú.

—Ya sé. Eso se nota —me dijo pintando la línea de la diferencia.

Nos sentamos a que el tiempo pasara y Sueño hiciera de las suyas; esperábamos nuestro taxi. Platicamos sobre Sandra, no le gustaba el graffiti y no quería un novio al que le gustara el graffiti. Le dije a Alberto que cómo podía andar con alguien así.

—La quiero —me contestó, pero no entendí cómo podía querer a alguien así—. Y además, Bruno, eso de rayar las paredes no está bien. Hay límites —me dijo.

Pero yo no creía en los límites, era como Nanzuko: creía en la libertad absoluta y eso no tenía límites. Los límites eran algo muy real y tangible que estaba en todos lados, tal vez el ser humano estaba hecho para respetarlos al pie de la letra, pero eso significaba aceptar la realidad tal y como era. Y eso nunca. Los límites eran para las personas débiles y además había límites para todo: límites de velocidad en las calles y carreteras, en las escuelas, en la salud, en la paciencia, en el cuerpo humano, en la conducta, en el amor, en la vida. Todo tenía un límite pre-dispuesto, sí, de acuerdo. Pero los límites habían sido hechos para vencerse, extenderse al máximo; por lo menos para ser desafiados y a eso se dedicaban los hombres que hacían de este mundo un lugar mejor. Hasta donde yo sé, la única ley digna de respetarse era la gravedad y eso por causas de fuerza mayor,

que los científicos ya comenzaban a eliminar en sus laboratorios. Todo lo demás era simple blah-blah-blah.

Le dije que mejor me iba a mi casa, que nos veíamos el lunes. Pensé que la libertad debería existir como algo más que una palabra gastada. Y pensé que lo mejor era preparar la exposición del lunes. Le dije adiós y tomé un taxi tratando de alejarme de tanta confusión. Pero no pude.

El futuro debía reinventarse. ¿Había algo que yo pudiera hacer? ¿Algo? ¿Cualquier cosa?

9. LOS 1200 DE UNA TAL DJ ECSTASY

OSCURECÍA CUANDO ENCENDÍ mi sistema de audio para escuchar el show de radio pirata de DJ Ecstasy en el FM: música trance, house y electrónica que probablemente no se escucha ni en la radio europea. Pero la verdad es que sí. El radio pirata es una enfermedad global.

Desde que Radio Ecstasy inundó las ondas aéreas todos tenían algo que temer: colores de todos colores en todos lados y los ritmos electrónicos de una subcultura nacida en medio de la basura urbana. Ecstasy tenía ganas de que todo cambiara. Sus tornamesas 1200 giraban con armonía, mientras ella mezclaba house sin darnos oportunidad de reponernos del último slide/mix o golpe repentino. Era casi tan buena como el mismo Exist, pero en otro estilo. Y de repente habló por encima de la música:

—Esto es Radio Pirata Ecstasy en vivo desde el núcleo de la ciudad, transmitiendo para Los Ángeles, San Diego y Tijuana. No se vayan con la idea de que es necesario hacer el servicio militar o plantar arbolitos para ayudar al mundo. Los tiempos cambian, ayúdenlo dándole color. Saben qué hacer, saben cómo hacerlo. ¡Decoren todo el mundo! Taggers of the world, attack! Esta es DJ Ecstasy transmitiendo en vivo la revolución de los colores.

Todo lo que podíamos hacer era responder Rave on! A Ecstasy la conocíamos a la perfección, pero no en persona. Sabíamos lo que pensaba y lo que le gustaba. Era una FM-star a punto de ser net.star que diseminaba el sonido de los medios

alternativos (casi que de recámara). Gracias a ella sabíamos qué sucedía y dónde, qué hacer y qué no. Sabíamos que en algún momento se había comprado equipo para transmitir radio y con la ayuda del DJ Evade, había inventado un juego llamado Ecstasy FM y que había empezado a promover raves undergrounds junto a Evade-Escape-Exist. Era una niña buena que los domingos salía a comer con sus papás y compraba su ropa en tiendas caras; eso también se notaba. Pero no importaba, era DJ Ecstasy: todo se le perdonaba.

—Esta es Ecstasy transmitiendo en vivo desde la Avenida Revolución esquina con Melrose Avenue entre University Avenue y un Porsche 911 a 90mph en el freeway 5 casi 101. Policías, no se molesten en buscarme: no vale la pena. Estoy donde sólo los más influyentes pueden entrar. Nunca podrán hacerme nada, soy intocable. Existo para causarles problemas reales: soy una chica virtual. Soy in-to-ca-ble. Saben bien a lo que me refiero. Vivimos en un mundo podrido y corrupto donde hay que usar todos los recursos que tenemos a nuestro alcance para sobrevivir. Mi familia me hace la DJ pirata más virtual de Latin-America. Police doods, atrévanse a perder su empleo. And please, get a life! Y por último muchas gracias a la corrupción, que me permite seguir con el asunto del broadcast.

Y lo peor era saber, que Ecstasy no era una muchacha tonta que se ponía a hablar así, sólo por tener un micrófono enfrente. Había pruebas materiales de ella, las podías escuchar en FM, verlas en los undergrounds: era el chic tactique de una guerrilla femme fatalista fatal. Si Radio Ecstasy seguía vibrando en el aire, llevando el futuro a donde no había vida y sobre todo dándole sentido al maldito FM, era porque en efecto: era una chica virtual, intocable gritando al aire:

—Fuck fuck fuck the system. Just dance-dance to disco!

10. NOCHES DE VERANO TECHNO-SKATOLÓGICAS (CON ELLOS)

EN NOCHES COMO ESTA paseaba sin rumbo preconcebido, vagaba por mi ciudad Tijuana-San Diego y pensaba en los problemas que tenía mientras los resolvía en inyecciones de techno y ska-

te. Tomaba mi skateboard con una mano, corría y huía hacia el vacío urbano. Por unas horas la ciudad me pertenecía: la gente dormía o se escondía en sus casas viendo TV, tomando café. Yo brincaba banquetas, reía, hacía todo tipo de trucos y a lo lejos veía pasar un carro o una persona; acaso veía una o dos patrullas. Todo era tranquilidad. En alguna calle otros paseaban, o platicaban. Nunca nadie me tomaba en cuenta y cuando lo hacían, era sólo para pedirme dinero para su camión a casa. Pero ahora de noche la ciudad está sitiada por basura terrestre que pretende servir y protegernos: por todas partes transitan motos, patrullas, pick-ups, blazers, personajes subhumanos uniformados que van armados con pistolas, esposas, macanas, stun guns, gas lacrimógeno etcétera etcétera, a quienes se les permite detener a sospechosos: como yo (que patino en alguna banqueta), o como aquel hombre que perdió el último camión al Murúa o a lugares mucho más lejanos. No es una ciudad pequeña. En todo caso es un monstruo inaccesible con un par de calles pavimentadas y montones de ghettos donde entrar de noche puede ser cosa de todos los días, pero hacerlo caminando califica como suicidio.

Y ellos detienen a cualquiera, especialmente si no les gusta la apariencia que lleva (y vaya que tienen una apreciación estética bastante rígida y decadente: o te vistes como ellos o representas al enemigo: el concepto de civilización no va incluido en su software). Ya es casi imposible transitar o patinar de noche por la ciudad sin ser detenidos por un detestable y maleducado policía que simplemente trabaja ejerciendo el estado policial de la ciudad de Tijuana.

—¿A dónde vas? ¿Por qué traes una cámara, si a estas horas no salen las fotos sin flash? ¿Qué? ¿Te crees muy listo, verdad, payaso? ¿Estás planeando un crimen o estás jugando al periodista héroe? ¿A poco te crees Peter Parker?

Ellos nos invaden para protegernos, supongo que de ellos pero no me consta. En sus ojos cualquier persona es criminal y merece ser castigada, desde aquel que como yo patina sin ningún motivo, a aquel que no encontró un escusado y orinó tras un poste o árbol. Y tampoco es que el presupuesto de la ciudad se utilice en construir baños públicos. Aquí detienen a cualquier persona con aspecto diferente o inusual, o simplemente

quien se sienta en la calle a ver la Luna o a sentir la ciudad una noche de verano o quien celebra la vida caminando por las calles de otoño. Y esto existe porque lo hemos permitido, que yo sepa este mundo es tan mío como de cualquier otro. Sé que tengo derecho a pasear o patinar como todos; que puedo elegir el ciclo de actividad que más me convenga (día o noche). Sé también que puedo elegir mis preferencias sexuales (elegí la que corresponde a mi sexo anatómico: ¿aunque yo mismo me pregunto si hay una preferencia sexual que vaya atada a la vagina o al pene?), mis estudios, mis amigos, mi ropa, etcétera, y sé que ningún policía tiene derecho a detenerme sólo por pasear en la calle. Y créanme que lo han hecho.

Tal vez esté equivocado, pero creo que este no es mi mundo, sino el de la gente corrupta que todo lo controla, y de ser así que lo digan, que nos digan que no nos quieren y que nos manden a una isla donde podamos vivir en paz. Y por favor, sin ellos.

De cualquier forma, estoy cansado de ver policías por toda la ciudad, de sentirme siempre vigilado, de saber que si no les gusto puedo ser detenido. No creo que exista la libertad y si la hay, ¿para qué queremos tanta policía? No lo sé, pero quisiera decirle al gobierno que ya basta, que estoy harto de ver como el grupo táctico golpea adolescentes, de que los derechos humanos no se respeten, de saber que un adolescente es automáticamente para un policía algo así como un criminal, como un posible drogadicto (como muchos policías) o un borracho o etcétera. Decirle al gobierno que estoy más que cansado de ver a policías ociosos buscando a quién arrestar, a quién multar; de verlos entrar en cerros, calles; de ver en la ciudad convoys de patrullas para intimidar a todo habitante, de ver cómo un policía detiene a alguien por pasarse un alto y no descansa hasta encontrarle mil motivos de infracción más; de verlos registrar cajuelas, cofres, carros y personas enteras en busca de una navaja, una llave maestra, una bebida alcohólica o el pretexto perfecto para detenerlos. Y todo esto con el fin de encerrarlos, multarlos, no se si para justificar el mínimo de reportes diarios o simplemente por el gusto del dinero extra. Hay que recordar que el policía es quien personifica el rostro de la corrupción.

Y mientras las cosas cambian (que lo dudo) seguiré pasando las noches de verano, triste o no, sabiendo que estos son los mejores años de mi vida (vigilado o no) y que pueden no ser fantásticos, pero que por lo menos respiro. Y claro, si un policía me vuelve a preguntar con qué mano tomo la droga, o por qué me visto y pienso tan estúpidamente, o me acuse de haber cometido un delito sexual por el simple hecho de cargar un preservativo en la cartera (¿Y así quieren safe sex?). O me pregunte qué hago a estas horas de la noche caminando (11 PM), o quién me dio permiso de fotografiar policías o patrullas, juro que no me defenderé con artículos constitucionales o con los derechos humanos, porque como una vez me dijo un policía «Esos me los paso por los huevos» antes de llevarme a la cárcel.

De cualquier forma eso no los hace menos, porque seguiremos contratándolos, creyendo en ellos y sobornándolos con dinero:

—No lo saques como bandera, no lo saques como bandera. Eso, por abajo, calmado. Bien. Ahora sí ya puedes irte, joven, ¿ves qué fácil podemos entendernos?

Ellos forman parte de los verdaderos dueños del mundo, de los que lo arruinan, de los que nos controlan. Yo sólo quiero pasear sin ser observado por ellos; pasearme por esta ciudad cantando o llorando, pero siempre sin ellos. Siempre seguro de no ser atacado por un policía, y de ser aunque sea, parcialmente libre.

11. CAFÉ DE LA ESPERANZA

MI VIDA SIEMPRE ha sido extraña, en ocasiones la reviso mientras saboreo un capuccino y eso me causa gracia. Las cosas no siempre fueron tan limpias como hoy, ha habido fases de mucha normalidad y de extrema locura y puntos intermedios; fragmentos. Mi tía Ghitta siempre dijo: «Este niño si no se cuida se convierte en un cabrón». Y supongo que sucedió.

Ayer por la noche, cuando todavía era jueves, estaba preparando la exposición para Orbital: fotografías a tonos azul y plateado, y mientras revelaba, descubrí que mi vida ocupaba

un giro. El aroma que respiraba era una mezcla de químicos, sudor y falta de ventilación. Tal vez pasaban de las 12 y mis fotografías no mejoraban. Tengo que admitir que me gustaba la composición, pero a la hora de imprimir no lograba dramatizar los tonos correctamente, resaltar algún área que lo merecía o darles ese toque que les diera vida y las llevara a ser más allá de simples fotos. Especialmente en una época donde todo ha sido hecho, donde todo ha sido visto. Era una tensa rutina: exponer, revelar, parar, fijar, lavar, secar. ¡Se repetía, se repetía!

Estaba cansado, llevaba meses en lo mismo. Eran kilos de negativos revelados, afortunadamente ninguno necesitaba retocado, pero aún así eran kilos y kilos de trabajo. Mientras transcurrían los días, toneladas de papel fotográfico mostraban sus imágenes. Yo caía en esa monotonía de ver una imagen mil veces, trabajar hasta mejorarla y seguir intentando vencerme en cada nueva impresión. Duele decirlo, pero ocupaba fugarme, era necesario escapar.

Tengo la impresión de que a eso de las 3 miré un reloj (las 3 AM, la hora más oscura del día, la hora donde se abre el puente de lo posible y los fantasmas y las ideas fluyen entre todas las dimensiones y realidades libremente, la hora en que el tiempo deja de correr y se mantiene en pausa por unos minutos, tal vez horas, hasta ese momento imperceptible en que el reloj marca casi las 5). Lo único que hice es salir de mi cuarto oscuro y tirarme en un diván verde y viejo. Desperté al día siguiente (es decir, hoy: viernes), justo a tiempo de huir a mi escuela para escuchar a los profesores hablar sobre cosas que no entienden y que tampoco les interesan. El salón de clases se sentía invadido de emociones fétidas que no se respiraban. Mis profesores nunca anduvieron más molestos por nada. Mis amigos estaban envueltos en la rutina del blah-blah-blah y la locura juvenil de hacer travesuras y travesuras. Y luego el asunto del xerox este que escribió Tonto donde habla sobre graffiti.

Después de horas de incansable estudio, salí a mi hogar. Me sentía desesperado: escuché el show de DJ Ecstasy, salí a patinar, sólo quería tomar unos tragos de lo que fuera, pero alcohol de preferencia. Durante instantes pensé en tomar baño de paro y comprobar si es tan mortal como dice su etiqueta, pe-

ro recordé que no. Trix y yo lo probamos en el verano, estábamos aburridos y revelábamos fotografías, tomamos un poco de solución y esperamos la aparición de los síntomas de la muerte: vómitos, o al menos un viaje al hospital. Sólo llegaron náuseas y un estómago revuelto. Nada que dormir un poco no pudiera reparar.

Nunca me he distinguido por tener amigos cercanos, o por tomar más de una cerveza o un cooler de vino al mes, o por salir a los antros a destrozar mi vida. Pero hoy decidí cambiar el juego, tomé mi teléfono y marqué el primer número que recordé: Maritza contestó.

—Hola, Maritza. ¿Cómo estás?

—Ah, bien, Bruno, ¿y tú? ¿Qué pasa?

—Lo de siempre. Nada nuevo. ¿Qué piensas hacer hoy? —dije pensando en vino, vodka, vómitos.

—No sé, tal vez salga por la noche. Pero no es seguro.

—Creo que deberíamos salir.

—¿Tú crees?

—Sí, ¿qué te parece a las 9 en el Café Gris?

—Bien. Ahí estaré. Pero sé puntual.

—Sí.

—Bye. A las 9, ¿eh?

—Bye.

Colgué mi teléfono y me preparé para lo que pudiera llegar. No estaba de humor de buscar a mi buena amiga Adriana, ni de salir con Alberto, Eduardo o mis amigos de siempre. Mi vida necesitaba girar violentamente y es cierto que Maritza no quería saber nada de mí como su novio, porque estaba muy enamorada de este otro tipo que no la tomaba en cuenta, a menos de que no hubiera otras mujeres por ahí. Ni modo, me daba mucho coraje, pero no me distingo en el arte de la violencia. No lo golpearía. Y tampoco quería ver a Adriana, porque sólo me hablaría durante horas y horas de sus planes de salirse de casa y ganar millones de pesos para ser feliz. Luego me miraría a los ojos y diría:

—Ah, Bruno, las cosas que tú y yo podríamos hacer juntos.

Para estas horas sus manos ya temblarían de toda la cafeína que había consumido en el día (trabajaba de empleada en

un coffee-shop), pero ordenaría más y me miraría a los ojos para decirme que así estaban las cosas y que pronto podríamos estar en nuestra casa juntos, haciendo perfectamente lo que nos diera la gana. Pero resulta que sin sus millones todo quedaba en otra plástica de café. Y eso era esto: otra plástica de café.

Por eso me alegraba de salir a distraerme con Maritza. Mi plan era encontrarme a Dos y de alguna manera decirle:

—Hola, yo soy Bruno.

Ese era mi plan. Había muchas posibilidades, pero en general ese era mi plan y me parecía bueno. Me acercaría hasta donde estuviera Dos y le diría:

—Hola, yo soy Bruno.

Y de ahí en adelante los buenos tiempos correrían. ¿Quién era exactamente Dos? No lo sé, tal vez una modelo de 19 años aspirando entrar al mercado internacional, que apenas comenzaba a brillar en las constelaciones locales de la vanidad, la frialdad, la moda, las botellas de vino y las sonrisas blancas como anuncios de pasta dental. Fiestas en todos lados o la vida es una fiesta (¿acabará algún día?) y viajes todo pagado a lugares no muy lejanos. Creo que también algo de felicidad. No era la gran modelo, pero prometía. Tenía ojos muy grandes, piel blanca y pelo negro corto como una francesa de los veintes del siglo 20. No era muy alta, más bien era baja de estatura. No practicaba gran cosa, pero bastaba con ponerle los ojos encima para ser feliz. Mi plan era acercarme y que los buenos tiempos corrieran. Todo debía salir bien. Sin embargo hasta ahora este tipo de cosas tenían la mala costumbre de no salirme muy bien, así que, bueno, en realidad no importaba. Yo daría todo: funcionaría.

Eran las 8:00, no podía decir adiós a mi hogar sin saborear un capuccino; Las Palabras de Sartre nunca fueron más deliciosas. Lentamente y con cierta preocupación me preparaba para decir adiós a la cordura. Tomaría hasta caer. Dos estaría junto a mí y esta vez no lograría escapar.

Cuando llegué al café, estaba lleno, y Maritza me esperaba sentada en una de las mesas del fondo. Fumaba un cigarro con la mirada perdida. Por la ventana vi unos punks vestidos de negro, tomaban cerveza en vasos desechables de poliestireno. Esos vasos durarían muchos años en el planeta antes de

biodegradarse, moriría yo y tal vez mis hijos, antes de que eso sucediera. Pero eso en realidad a estas alturas de la vida, ya no importaba.

Maritza apenas sonrió y nos saludamos, cuando empezó con su rutina.

—Sabes, estoy confundida. Por una parte me ofrecieron un buen empleo que paga en dólares. Por otra, un tipo me invita de vacaciones a Can Cun. Todo pagado. ¿Qué debo hacer?

—Maritza, haz lo que tu corazón te mande.

—...

—...y sé feliz.

—No, no, Bruno. Es serio, ¿qué crees que debo hacer?

—Creo que si ese trabajo paga en dólares y vale la pena, debes tomarlo. Por otra parte, creo que un viaje a Can Cun no se atraviesa todos los días, debes ir. Pero hay una cosa: ¿cuánto tiempo vas a estar en Can Cun? ¿Cuánto tiempo piensas durar en el trabajo y sobre todo, cuánto vas a ganar?

—No sé, en Can Cun a lo más 2 semanas, en el trabajo tal vez hasta 3 meses. Pagan muy buen dinero. Y es limpio.

—Bien, ¿con quién vas a Can Cun?

—Con un tipo.

—El cual seguramente está enamorado de ti, ¿te gusta?

—No, nada por el estilo.

—Pero tú a él sí. Así que piensa en eso, ¿vas a sacarle un viaje a Can Cun a alguien que no te interesa?

—...la verdad sí, Bruno. Siempre he querido conocer Can Cun. Todo lo demás son detalles que no pueden durar todo el viaje.

—Bien, entonces, hazlo.

—Pero el trabajo también me interesa y si todo sale bien, hasta yo puedo pagarme el viaje después.

—Maritza, por eso no me gusta ayudarte con tu vida. No sabes ni lo que quieres.

—No empieces, Bruno.

—No, es cierto, mira...

—Sé lo que quiero. Quiero a Mario.

—¿Mario?

—Sí.

—¿Ya no a Víctor, ni a Roberto?

—Mario es distinto.

—Pero es más chico que tú.

—¿Y?

—Y seguramente te golpea y esta clavadísimo en las drogas y la fiesta.

—Fíjate que ya lleva 2 semanas sin nada de nada.

—2 semanas no es nada.

—Es más, es el primero que me quiere en verdad y me es fiel. Me siento nueva junto a él. Creo que es el amor de mi vida. Mario es otra cosa, Bruno. No es como todos. Es distinto. El otro día una bruja me leyó la mano y me dijo que podía llegar a tener un hijo de él. No ahora, pero algún día. Eso es un hombre importante en la vida de una mujer: el padre de sus hijos.

—Maritza, por favor. Déjate de cosas, es más, yo no sé cómo puedo tomar en serio a alguien que haya sido novia en serio de Roberto.

—Hmm. Mejor tomamos café y sonreímos, ¿qué te parece? —me dijo.

—Me parece, ¿y cuál es el plan para hoy?

—No sé, yo estoy bien, ¿y tú? —me preguntó.

—¿Yo? ¡Claro!

—¿Y Adriana? ¿Qué me cuentas de Adriana?

—¿Adriana? ¿Cuál Adriana, Maritza? Dime cuál Adriana.

—Ay, Bruno, olvídale. Olvídale, por favor.

—Ya lo olvidé. Olvidé a Adriana. Tengo planes mejores.

En eso frente a nosotros camina Dos y sonrío. Sé que me mira, pero en sus clases de modelaje aprendió a mirar sin realmente mirar, ¿o de plano será verdad que no me mira? Volteo con Maritza, porque mi plan se acaba de ir por el drenaje, pero Maritza está ocupada platicando con una de sus amigas. Medio mundo está en el café, es viernes y es octubre. Dos habla con Rosa, una de sus amigas y al parecer le dice que no vale la pena quedarse en el Café Gris. No hoy, por lo menos.

En eso frente a mi nariz aparece Mario en pleno hipnotismo barato de 16 años, rock y etcétera. Sonríe para una serie de fantasmas que sólo él ve, pero más que nada exagera la situación como si fuera lo que no es. Sonríe a Dos. Se miran. Se saludan. Se besan los cachetes. Se toman de la mano y se van con Rosa del café.

Mi plan desaparece junto con ellos. O no, porque Maritza que ya los vio, está al borde de la histeria viendo lo mismo que yo.

—Bruno, dime una cosa, ese muchacho que andaba con esa perra, ¿era Mario?

—¿Perra? ¿No entiendo por que llamas así a la muchacha que iba de la mano con ese pobre niño imbécil? —le pregunto.

—Sí, esa... Claro que sí... la muy perra... Pero dime que no era Mario el que iba con ella.

—Pues te lo digo si quieres, pero... sí era.

Los seguimos a escondidas por un par de calles a través de la noche, que se acentuaba por esta confusión de ver cómo nuestros amores desaparecían al unísono, en un plan que no nos incluía. Los alcanzamos cuando se subían al carro de mi amigo David. Ahí fue donde mi plan comenzó a desarrollarse.

—Hola —dijo David, algo nervioso por la situación que se formaba—. Íbamos a llevar a Mario a su casa. ¿Quieres que te lleve también a la tuya, Maritza?

Si Maritza era novia de Mario, y Mario andaba siguiendo a Dos como niño de 16 a muchacha de 19, entonces las cosas no estaban tan mal. Mal para Maritza por lo que estaba viviendo. Pero no para mí. Mario actuaba como novio regañado descubierto con otra mujer. Maritza quería llorar, pero también quería borrar de Mario todo lo que tuviera que ver con Dos, pero estaba harta de que los hombres la trataran así y deseaba actuar distinto por primera vez. Me mira para que les demos su merecido y nos despedamos al instante. Pero yo estoy en el cielo, la miro de vuelta, entonces entiende y les dice a Luis y a David:

—Sí, llévenme a mi casa.

En el asiento trasero del carro estamos sentados Dos, Rosa, y yo. Al volante va David y Luis junto a él. Afuera Maritza y Mario montan una escena. No tenía idea de dónde iba a parar esto, pero era divertido. Mi aventura apenas comenzaba.

12. RADIO ECSTASY

EL CARRO DE DAVID estaba estacionado, adentro todos esperábamos a que Maritza y Mario terminaran su performance y su

relación, y siguieran con sus vidas para poder seguir divirtiéndonos. Era una bonita noche de otoño, Dos estaba sentada junto a mí y tal vez por eso mi pulso funcionaba en una serie de velocidades extremadamente irregulares. Había algo muy extraño en el ambiente, como si una profecía muy antigua estuviera a punto de convertirse en realidad.

Nos llevaban horas de ventaja, desde el atardecer habían estado tomando, divirtiéndose, excediendo los límites permitidos para el cuerpo humano, especialmente para alguien como yo. Pero era mi oportunidad de estar junto a Dos y debía aprovecharla o lamentar el resto de mi vida el no haberlo hecho. Parecía como si todo conspirara a mi favor, iba a tomar hasta estar como ellos.

Realmente no sabía cómo comportarme, Maritza hacía gestos de enfado mientras Mario le daba una serie de disculpas y pretextos idiotas que no venían al caso. Lo habíamos descubierto en pleno acto, ¿ya qué más podía hacer? Era mejor que guardara silencio y dejara que la noche lo consumiera poco a poco, quien sabe si así el viento y la atmósfera lo ayudaran a revivir y avivar esa relación que llevaba con Maritza. Pero hablando como lo estaba haciendo, el final de todo había llegado. Realmente para mí, todo esto era previsible desde que empezaron, así que no me preocupaba. Maritza debería saber mejor, pero siempre buscaba relacionarse con gente así. Ese era su problema. El mío era saber cómo comportarme frente a Dos, o más bien, comportarme de algún modo, porque ahora estaba casi muerto, como si nada a mi alrededor fuera lo suficientemente bueno para tomarme la molestia.

Estábamos en un estacionamiento, esperando el momento en que la noche se definiera. Era viernes y Maritza y su niño no hacían más que discutir fuera del auto. Eso ayudó a que poco a poco este hielo tan duro de roer y tan denso como los icebergs más profundamente anclados en las aguas antárticas, se comenzara a derretir.

—Hola —me dijo—, me llamo Dos.

—Bruno —dije en automático, sin mirar su cara o sus ojos.

¿Qué estoy haciendo? Pensé. Hay que tomar las cosas con calma. Era difícil, pero había que tomar las cosas con calma.

Con calma. Con más calma todavía. No podía dejar que Dos se escapara como si nada. Volteé a ver a Rosa y la saludé.

—Hola, Rosa.

—Hola, Bruno.

Y al parecer el destino se encargaba de enredar la situación como una hiedra venenosa. La música ambiental del otoño en esta ciudad, se mezclaba con las cascadas de pensamiento que fluían en masa por mi cerebro y creaban ruido estático desde las rocosas profundidades de mi subconsciente. Sí, era uno de esos momentos en que la Luna brilla en lo alto del cielo y la oscuridad hace promesas que quizá más tarde no se atreva a cumplir en su dulce y violenta totalidad, pero eso no importaba tanto como el hecho de pasear en carro junto a Dos y saber que el momento de que todo estallara estaba cerca.

Un par de taggers pasean por ahí, rociando las paredes con spray y desaparecen en el anonimato de la ciudad: Sueño-Krylon-HEM en morado y rosa. Sonríe para mis adentros porque sé que no es un juego. Soy el único que sonrío en ese carro.

—Otra vez esos tontos rayando —dice Rosa, y David contesta:

—Si no anduviera tan grave, me bajaba a golpearlos.

Río en voz alta.

—David, no inventes, sano te pondrías a rezarle a la Virgen de Guadalupe y a la Madre Teresa de Calcuta para que te salvaran de ellos.

Pero no importaba. Luis subió el volumen del gothic rock que escuchábamos.

—Deberías buscar algo en el radio —dice Dos—. Tal vez haya algo bueno, porque tu música ya enfadó —lo dice mientras piensa que está muy aburrida de esto y en los pocos minutos más que podrá aguantar si este ritmo continúa.

Luis busca una estación. Hay una donde tocan hardcore tekno. Se detiene ahí. El locutor toma el micrófono. Es la voz de DJ Ecstasy. Beautiful DJ Ecstasy.

—Es una bonita noche, Sueño y Krylon están rayando las calles del sector 1 y 2 de la ciudad: Centro y Zona Río para los que no entienden. Y nadie podrá detenerlos. Llevan pintura morada y rosa. Se están divirtiendo mucho. En cualquier mo-

mento los policías los usarán de pretexto para no ir en busca de los verdaderos criminales: narcos, rateros, violadores, asesinos. Nada es mejor que perseguir a los niños que rayan las paredes. ¿Por qué? Porque no son tan peligrosos como los criminales de verdad, no saben pelear bien y no llevan pistolas, y recuerden que los policías son miedosos como nada... No cambien de estación, porque pronto escucharán en vivo cómo Tonto detona una fábrica de anfetaminas y speed en pleno Boulevard 2 de octubre. Escucharon bien, policías y no hay nada que puedan hacer: ya tuvieron su oportunidad y no la cerraron: lo que es peor: la protegieron. Ahora es turno de Tonto. Y por si no saben cuál es el Boulevard 2 de Octubre, sencillo, cosa de adivinar el nombre de aquel presidente que hizo una masacre de estudiantes (eso que llaman el futuro de México) el 2 de octubre de 1968.

Más música. De repente pienso en lo que sucede, en cómo todo esto va a terminar afectando a mis compañeros de escuela. ¿Por cuánto más seguirán las cosas así?

Me dedico a tomar fotos, he tenido suerte, la suficiente para ser bienvenido en picaderos de heroína: entrar, tomar fotos rápido y huir sin mayores problemas que una mala cara, algunos insultos y saber que no pertenezco, o hacerme de amigos y pasar semanas o meses en esa atmósfera hasta formar parte de estos espacios donde niños, adolescentes y adultos destruyen su vida sin siquiera saber cómo: disparo el click de mi AE-1; y en pasarelas de moda, donde el mundo del fashion se vuelve agudo y amargo por las presiones del mercado, aunque siempre sea rosa frente a los lentes del media y los ojos del consumidor. Pero para todos sigo siendo el mismo Bruno de 17 años con una cámara colgando del hombro y no un fotógrafo serio: eso me hace presa fácil de la policía. Siempre.

Ya hace mucho que sabíamos que esto sucedería. La ciudad necesita vida. Necesita color. Esto tenía que suceder tarde o temprano. Todos esos niños dejarán las jeringas, las peleas y sus trabajos de 8 a 5, todo con el pretexto de decorar la ciudad. No tienen por qué trabajar en supermercados, ni en maquiladoras, ni en toda clase de sitios. Tampoco es cuestión de marcar territorios, es hora de remodelar el mundo entero. ¿Quién puede dudarlo? Sólo me pregunto: ¿Por qué siempre

los de afuera deben iniciar los cambios, para que finalmente el resto de la sociedad termine disfrutándolos, aun cuando siempre estuvo en contra de ellos? Y lo peor, ¿que nadie se dará cuenta que los niños no deben trabajar ni como empaques en supermercados? Aquí nadie parece darse cuenta de nada y ahora que rayan las paredes, la gente sólo ve lo que les conviene y en vez de resolver el problema quieren borrar el graffiti de esta ciudad.

DJ Ecstasy manda saludos a Theresa y Diana en los proyectos del Boulevard Ferrocarril. Diana es amiga de Gala (mi hermana), la he visto en fiestas, pero apenas nos conocimos hace una semana. Es buena onda y muy bonita, la clase de persona con quien se puede escuchar techno y electro-pop en tiempos de pleno rock y platicar de esto y aquello mientras se ven las estrellas bajo un árbol. De hecho así nos conocimos. Tiene novio, sólo eso. Theresa debe ser amiga de Diana. Ecstasy dice que Exist va a tocar en un rave, piensa dar más informes en la línea telefónica. Ya saben el número. Yo no lo sé. Mala suerte. Pienso que ya es hora de tomar fotos en serio, antes de que sea demasiado tarde. Pero Maritza me recuerda que el lunes se inaugura mi exposición dentro del Orbital.

—Bruno, ¿ya los invitaste a tu exposición?

—Oh, no, lo había olvidado. Bueno, va a ser este lunes por la noche en Orbital y están invitados a venir y llevar a quien quieran. Va a haber música y...

En eso la voz de Ecstasy interrumpe mi discurso.

—Acabamos de enterarnos que DJ Exist va a tocar este lunes en la exposición de Bruno Fuentes en Orbital. Todos están invitados.

Luego habla de la clase de fotos que tomo y sobre una expo de la tekno guerrilla urbana que estoy preparando. Yo no lo sabía, pero capto el mensaje. Es su manera de hacerme saber que tengo que hacer esta exhibición y sé que si yo no la hago, nadie más la hará. Es uno de los problemas de vivir en el fin del mundo. Si tú no lo haces nunca existirá. De repente pienso en lo que puede suceder y sonrío para mis adentros, no cabe duda que la aventura está por comenzar. Ahora entiendo por qué dicen que a Radio Ecstasy sólo la escuchan los que deben hacerlo. Tiene algo que ver con la posición de las estrellas, el destino y

la música trance que se estaba apoderando de nuestro DNA mientras Ecstasy la tocaba. En eso Maritza interrumpe mis pensamientos y habla maravillas sobre la exposición.

— Toda la elite del underground va a estar ahí. Son unas fotos impresionantes, ¿sí o no, Bruno?

Sonrío un poco más y poco a poco comprendo a Maritza, habla así porque ella es una de las modelos que aparecen en las fotografías y junto con Gala, las 2 más importantes. Trato de tomar conciencia de la situación que me invade por distintos flancos y estoy a punto de salir corriendo por la ciudad hasta encontrar una calle que me permita correr sin límite de velocidad con hardcore tekno y trance a todo volumen, y disparar al mismo tiempo esta ametralladora que llevo por cámara.

Vale la pena descifrar el misterio y combatir la inercia de esta ciudad: la revolución de los colores iba a seguir, ¿quién podría detenerla? Incluso desde mi casa puedo ver que la ciudad es un asco y eso no se discute ni por error. Estos no son buenos días para la adolescencia. Hay policías en todos lados, y fuck, eso no es nada positivo. Las calles están condenadas a la podredumbre, hay basura, anuncios publicitarios mal diseñados, policías gordos paseando en sus patrullas recién fabricadas y muchos chismosos haciendo que todo salga como mejor les conviene. Pero nosotros no estamos de acuerdo, es nuestra ciudad y no nos gusta, haríamos lo que fuera por cambiarla. Es octubre, otoño y la estática se siente en este ambiente tan sediento de que las capas geológicas de la Tierra tiemblen y tiemblen hasta que esto cambie. No es una ciudad muy oscura, pero tampoco queremos permitirlo, queremos sentir las vibraciones correctas, celebrar el amor hasta el final del tiempo, la década que se remezcla en colores vivos. En estos días no existe la esperanza de un futuro mejor. El tiempo camina lentamente, arrastra bajo sus pies la terrible energía de los días perdidos. Aquí nuestras ganas de vivir y nuestra alegría se transmutan en negatividad sin necesidad de ecuaciones alquímicas. Aquí todos los cambios son señales de alarma y los jóvenes, nada más que criminales peligrosos.

Miro hacia un lado y veo el rostro de Dos. Las fotografías podían esperar. No cabe duda: esto se estaba poniendo cada vez mejor.